

Misión apostólica y naturaleza del ministerio sacerdotal. Aproximación a la categoría de “misión” en la teología del sacerdocio de Joseph Ratzinger

Apostolic Mission and Nature of the Priestly Ministry.
An Approach to the Category of “Mission” in the
Theology of the Priesthood of Joseph Ratzinger

Antonio Diego Hernández

Seminario San Carlos y San Ambrosio

La Habana, Cuba

adhernandez@comillas.edu

 <https://orcid.org/0000-0001-5676-135X>

Resumen: La teología del sacerdocio de Joseph Ratzinger se condensa en un concepto: “misión”. Los clásicos principios de origen, institución, contenido de la misión o sucesión apostólica quedan articulados desde la “misión”. El presente artículo es una aproximación a esta categoría en la teología del teólogo alemán. El presupuesto es la comprensión del sacerdocio que Ratzinger tiene. Tras el mismo, sigue un estudio más específico sobre la comprensión del término “misión”. Este se descubre como un eje que articula dos puntos: origen del ministerio y destinatarios del mismo. El estudio concluye con algunas implicaciones sobre la teología del sacerdocio y sobre su configuración concreta en el momento presente.

Palabras clave: Ratzinger, sacerdocio, misión, representación, ministerio.

Abstract: Joseph Ratzinger’s theology of priesthood is condensed into one concept: “mission”. The classical principles of origin, institution, content of mission or apostolic succession are articulated in terms of “mission”. The present article is a scholarly approach to this category in the theology of the German theologian. The premise is Ratzinger’s understanding of the priesthood. It is followed by a more specific study of the term “mission”. This is discovered as an axis that articulates two points: the origin of the ministry and its recipients. The paper concludes with some implications for the theology of the priesthood and its concrete configuration today.

Keywords: Ratzinger, priesthood, mission, representation, ministry.

1. INTRODUCCIÓN

El legado teológico de Joseph Ratzinger, una amplísima bibliografía que aborda diversos campos de la reflexión cristiana, adquiere un especial relieve cuando es considerado en su conjunto. Desde este conjunto nosotros queremos acercarnos a los escritos sacerdotales, recogidos en el vol. XII de sus *Obras Completas*. En ellos se va describiendo la naturaleza del ministerio sacerdotal, que queda comprendida desde la categoría “misión”. Y si bien el fallecido papa se detiene en diversos artículos en explicar la espiritualidad sacerdotal, las diversas tareas, la relación entre sacramento y palabra... nos parece que en la raíz de toda su reflexión se sitúa esta categoría como piedra de clave que sostiene su arco argumentativo.

El profesor Cordovilla ha indicado en diversas oportunidades que en el momento presente no se vive una crisis con respecto a la identidad del sacerdocio. Más bien, reconociendo la amplísima reflexión surgida tras el Vaticano II, considera que lo que afecta hoy a la crisis sacerdotal es su realización práctica.¹ Dicho en otras palabras, la teología del sacerdocio contemporánea es ampliamente rica y prolífica. Es la existencia sacerdotal lo que se convierte hoy en una dificultad, en medio de una sociedad con una grave crisis antropológica; tal vez a causa de ella. La relevancia del presente artículo, más allá de la investigación teológica sobre la obra de Ratzinger, es precisamente la incidencia que creemos que tiene en la contribución a la comprensión de la existencia sacerdotal. Nos parece, en efecto, que la categoría “misión” entraña también aspectos interesantes que afectan no solamente a la teología del sacerdocio, describiendo su naturaleza, sino que atañen también a la misma vida sacerdotal del ordenado.

Aún más, solo la centralidad del concepto de “misión” para explicar el ser sacerdotal permite asumir el ministerio como verdadera misión, en continuidad con el mandato apostólico y con la misma encarnación del Hijo. Es la correlación con estos

¹ Ángel CORDOVILLA, “El «discernimiento evangélico» de los desafíos para la formación sacerdotal en este «cambio de época»”, *Seminarios* 68/232 (2023) 29-30 (27-48) (<https://doi.org/10.52039/seminarios.v68i232.2197>).

dos aspectos de la Revelación (envío del Hijo – envío de los apóstoles) lo que permite adentrarnos en el conocimiento de la naturaleza del sacerdocio. Igualmente, la existencia sacerdotal, entendida como disposición personal para la asunción del ministerio, encuentra su razón de ser y sus implicaciones concretas en la inteligencia de la “misión”.

Nos gustaría exponer, en primer lugar, algunas notas sobre la teología del sacerdocio de Joseph Ratzinger. Nos referimos a aspectos basales sobre la teología del episcopado y del presbiterado como derivadas de un mismo ministerio apostólico. En un segundo momento estudiaremos la categoría “misión” como eje sobre el que el teólogo alemán articuló su reflexión sobre el sacerdocio, con especial atención a su relación con Cristo y con la Iglesia, sujeto también de este envío. Por último, a modo de conclusión, retomaremos los datos que han ido apareciendo en nuestra investigación y los situaremos en el marco de la existencia sacerdotal, con algunas implicaciones concretas que se derivan de la comprensión del sacerdocio como “misión”.

2. EL PENSAMIENTO DE RATZINGER SOBRE EL SACERDOCIO

Es obligado referirnos, en primer lugar, a la concepción que Joseph Ratzinger tiene sobre el sacerdocio. Fiel a su forma de hacer teología, inspirada siempre en los textos bíblicos como fundamento, Ratzinger establece, en primer lugar, la distinción cristológica del ministerio. En diversos escritos se hace eco de las corrientes teológicas que desde finales del siglo XIX escoraban el aspecto “religioso” del cristianismo, considerándolo más bien como un movimiento no religioso, donde el culto y el mismo ministerio sagrado, tan propios del Antiguo Testamento, habían sido superados por la persona de Cristo.² Pero nuestro

² Ratzinger se hace eco de estas teorías para argumentar en un contexto de comprensión más amplio que el propiciado por tales reduccionismos. Así Joseph RATZINGER, “La esencia del sacerdocio”, en IDEM, *Predicadores de la palabra y servidores de vuestra alegría*. Obras Completas, vol. XII, Madrid, BAC, 2014, 3-20, aquí 3-6; igualmente en Joseph RATZINGER, “Sacrificio, sacramento y sacerdocio en la evolución de la Iglesia”, en IDEM, *Predicadores de la palabra y servidores de vuestra alegría*. Obras

autor advierte, inmediatamente, que todo intento por hacer una lectura desacralizada de Cristo y de su obra se encuentra una y otra vez con un dato evangélico insoslayable: la permanente referencia de Jesús al Padre. El Señor se sabe portador de un mensaje que le viene de lo alto, y su ministerio, su autoridad y su predicación no vienen de él mismo, sino del que lo ha enviado. Por eso, la continuidad entre ambos Testamentos —entre Dios que revela su palabra y llama al hombre a hacer una alianza con él y la persona de Cristo, donde Dios y el hombre se encuentran— hace imposible la disyuntiva pretendida. Jesús no puede ser comprendido, sin más, como el que viene a abolir el culto y la ofrenda a Dios, el sacerdocio y los ministros, pues hay suficientes datos en los textos neotestamentarios que impiden tal visión. Cristo se hace presente en el mundo como “el enviado”, el que trae una palabra que no es suya. Y es en estas coordenadas donde se debe ubicar la reflexión sobre el ministerio en el Nuevo Testamento.

La intención de Ratzinger, con estas observaciones, es clara. Su argumentación cristológica está encaminada a demostrar que el mismo Cristo no se entiende a sí mismo como el portador de las aspiraciones del pueblo, sino como el que proviene del Padre. Y de esta misión de Cristo procede luego el ministerio de los apóstoles. Tampoco ellos son delegados del pueblo para el ejercicio de una misión que da la comunidad naciente.

Esa misma estructura del mandato divino, que debe ser testimoniado ante los hombres sobre la base de una misión de arriba con autoridad, prosigue después de Jesús en sus discípulos, a los que Él incluye en su mandato, en su “deber”: “Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo”.³

Completas, vol. XII, Madrid, BAC, 2014, 55-76, de manera especial 55-57, y en Joseph RATZINGER, “La cuestión del sentido del ministerio sacerdotal”, en IDEM, *Predicadores de la palabra y servidores de vuestra alegría*. Obras Completas, vol. XII, Madrid, BAC, 2014, 324-361, de manera especial 326-327.

³ Joseph RATZINGER, “El ministerio espiritual y la unidad de la Iglesia”, en IDEM, *Predicadores de la palabra y servidores de vuestra alegría*. Obras Completas, vol. XII, Madrid, BAC, 2014, 25 (21-38).

Que los apóstoles ejercen un ministerio en nombre del Señor, con la fuerza del Señor mismo, se explica, según Ratzinger, no solamente por la palabra de Jesús (“quien a vosotros os recibe, a mí me recibe”: Mt 10,40; Lc 10,16), sino también por la misma comprensión que Pablo expresa acerca del ministerio recibido, presentándose ante la comunidad cristiana como “enviado” (2 Cor 5,20), como “ministro de Dios” (2 Cor 6,4), para ejercer el “ministerio de la reconciliación” (2 Cor 5,18).⁴ Si la llamada de Jesús a los apóstoles puede considerarse como la elección divina para el ejercicio de la función diferenciada que ellos han de ejercer dentro de la Iglesia, la misma lectura sobre esta que Pablo posee no parece dejar lugar a muchas dudas: “actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo exhortara por medio de nosotros” (2 Cor 5,20).

Ahora bien, siguiendo una exposición lógica, se pregunta el cardenal si este ministerio termina con la muerte de los apóstoles o bien pasa a otros hombres que lo desempeñen en su lugar. Se adentra así en el concepto de la sucesión apostólica. En este sentido, Ratzinger demuestra que el ministerio de los Doce se diferencia de cualquier otro ministerio.⁵ Dentro de este grupo se halla otro círculo más pequeño, conformado por Pedro, Santiago y Juan. Además, la figura de Cefas destaca sobre el resto de los apóstoles, según los textos de las tradiciones sinóptica, joánica y paulina. Se puede asegurar que la singularidad de su ministerio con respecto a los demás queda perfilada con suficiente certeza.⁶ Pero este ministerio será ejer-

⁴ Joseph RATZINGER, “El sacerdote como mediador y servidor de Cristo a la luz del mensaje del Nuevo Testamento”, en IDEM, *Predicadores de la palabra y servidores de vuestra alegría*. Obras Completas, vol. XII, Madrid, BAC, 2014, 87ss (77-99).

⁵ “Son efectivamente un círculo bien definido que no puede ampliarse a capricho, que representa por una parte la totalidad del pueblo de Dios, pero que no se identifica con la totalidad de los llamados; y cuyas funciones, por ende, tampoco coinciden con las de la totalidad de los llamados. De modo que, lo que se dice a los Doce y vale para ellos, no vale automáticamente de ningún modo para todos los llamados”: RATZINGER, “El ministerio espiritual”, 26.

⁶ RATZINGER, “El ministerio espiritual”, 27.

cido después, en una manera distinta, aunque sustancialmente igual, por otros hombres que ejercerán el ministerio episcopal.⁷

Ratzinger considera que en el Nuevo Testamento se va dibujando la estructura eclesial del ministerio. Al respecto, la forma paulina de los episcopos y diáconos (v.gr. Flp 1,1) se unirá a la forma judeocristiana de los presbíteros (v.gr. 1 Pe 5,1), de tal manera que a comienzos del siglo II ya se puede encontrar una distinción organizada del ministerio en la Iglesia primitiva.⁸ Afirma, igualmente, que las funciones que cada uno desempeña tienen que ver con una llamada específica, de tal manera que “cada uno solo puede hacer aquello para lo que está llamado”.⁹

Ahora bien, la misión apostólica, según Ratzinger, se transmite claramente al ministerio de obispos y presbíteros. Es lo que se desprende de la terminología que utiliza Pablo cuando, al despedirse en Mileto de los presbíteros de Éfeso indica que ellos, los presbíteros, han sido puestos como ἐπισκόπους para “pastorear” (ποιμαίνειν: Hch 20,28).¹⁰ Por lo tanto, se da una equiparación de los dos términos (ἐπίσκοπος y πρεσβύτερος) con una misma finalidad: ser pastores. Pero hay otro detalle que clarifica nuevamente la naturaleza del ministerio: la función recibida no proviene de una delegación comunitaria, sino de la designación divina, pues es el Espíritu Santo quien los ha puesto en esa misión.¹¹ La esencia “sacramental” del ministerio

⁷ RATZINGER, “El ministerio espiritual”, 35.

⁸ “La dualidad de ministerio, propia del cristianismo de la gentilidad, de obispos y diáconos se ha fusionado con el oficio judeocristiano de los presbíteros para formar la tríada de ministerios (obispos, presbíteros y diáconos), aunque el equilibrio y delimitación entre «obispo» y «presbítero» requerirá algún tiempo y no se realizará uniformemente en todos los ámbitos del cristianismo naciente”: RATZINGER, “El ministerio espiritual”, 34.

⁹ RATZINGER, “El ministerio espiritual”, 29.

¹⁰ Es ya sabido que la distinción terminológica no implica, en este primer momento, una distinción de funciones en los ministerios eclesiales. Habremos de esperar al comienzo del siglo II para encontrar una mayor claridad al respecto. Cf. Miguel PONCE CUÉLLAR, *Teología del sacerdocio ministerial. Llamados a servir*, Madrid, BAC, 2016, 60ss.

¹¹ “Precisamente es este carácter pneumático del ministerio, que lo diferencia ante todo del mero funcionario, lo que la Iglesia, desde muy pronto, ha intentado representar mediante el gesto de la imposición de

queda suficientemente declarada por el reconocimiento de la acción pneumatíca. Ratzinger explica, a partir del dato bíblico, el origen divino del ministerio sacerdotal (en su doble nomenclatura), o lo que es lo mismo, su sacramentalidad, así como su cometido, que en los términos en que se describe (ποιμαίνειν, “pastorear”), entronca radicalmente con la labor apostólica y con la misma misión del Señor, Buen Pastor.

En la misma línea se desarrolla su interpretación de dos textos de la primera carta de Pedro (1Pe 5,1-5 y 1 Pe 2,25). En el capítulo 5, el apóstol utiliza el término “co-presbítero”, es decir, vincula la misión apostólica con la misión presbiteral.¹² Pero, además, esta relación entre apóstol y presbítero guarda una clara relación con Cristo, pues la tarea a la que exhorta el apóstol es a pastorear. El término se aplica al Señor al terminar la exhortación a los presbíteros, llamándolo “Pastor supremo”.¹³ Precisamente en el capítulo 2 de la misma carta se emplea para Cristo el título de “pastor”.¹⁴ Todavía un paso más, que debe ser tenido en cuenta, según el teólogo alemán: Cristo es llamado “pastor” y “guardián” en este texto de 1 Pe 2, es decir “pastor” y “episcopio”. Estos tres elementos, conjugados entre sí, dan pie para que Ratzinger establezca nuevamente el paralelismo entre ministerio de Cristo – ministerio del apóstol – ministerio del obispo y del presbítero.

El apóstol se designa a sí mismo como co-presbítero, con lo cual ministerio apostólico y presbiterado se identifican teológicamente [...]. También aquí se compendia el objeto de la misión apostólica y la palabra “pastorear”; se define, por tanto, en función de la imagen

manos, en conexión con el judaísmo tardío. Ésta expresa así el hecho de que este ministerio no tiene su origen en una mera necesidad organizativa de la Iglesia como grupo sociológico”: Joseph RATZINGER, “El sacerdote en el cambio de época”, en IDEM, *Predicadores de la palabra y servidores de vuestra alegría*. Obras Completas, vol. XII, Madrid, BAC, 2014, 374 (362-377).

¹² “Así pues, a los presbíteros (πρεσβύτερους) entre vosotros, yo presbítero con ellos (συνπρεσβύτερος), testigo de la pasión de Cristo...” (1 Pe 5,1).

¹³ “Cuando aparezca el Pastor supremo (ἀρχιποιόμενος), recibiréis la corona inmarcesible de la gloria” (1 Pe 5,4).

¹⁴ “Pues andabais errantes como ovejas, pero ahora os habéis convertido al pastor y guardián (τὸν ποιμένα καὶ ἐπίσκοπον) de vuestras almas” (1 Pe 2,25).

del pastor. Mas ahora tenemos que considerar que Pedro, al final del capítulo segundo (2,25) denomina al Señor “pastor y obispo (*episkopon*) de vuestras almas”. [...] La palabra “*epískopos*”, anteriormente profana, se identifica ahora con la imagen de pastor, convirtiéndose así en una denominación propiamente teológica en la que la Iglesia naciente despliega su propia y nueva sacralidad.¹⁵

Hemos de añadir otro elemento que el teólogo alemán tiene en cuenta y que nosotros apenas apuntamos anteriormente. Tiene que ver con la integración en el mismo ministerio de dos aspectos que se han querido contraponer: el servicio a la Palabra y el servicio al culto. Pensemos que esta discusión, latente en la comprensión ministerial en el contexto del Vaticano II, suscitó posiciones encontradas y en ocasiones irreconciliables. ¿El episcopado, el presbiterado, han de entenderse ante todo como ministerio para el anuncio del evangelio y de la evangelización, o deben situarse más bien, en el ámbito del culto sacrificial eucarístico? No es una cuestión menor, si tenemos en cuenta que los datos neotestamentarios parecen situar el ejercicio de los apóstoles y de sus colaboradores en el ministerio en el ámbito de la evangelización, del anuncio de la buena noticia. De hecho, la misma nomenclatura más propiamente sacerdotal y cultural casi se reduce por completo a la carta a los Hebreos y no es utilizada en los textos referidos a los ministros de la comunidad.¹⁶ ¿Cómo ha de entenderse entonces el “para qué” del ministerio derivado de los apóstoles? ¿Obispos y presbíteros tienen como encomienda el anuncio de la palabra o la celebración del culto?

¹⁵ RATZINGER, “La esencia del sacerdocio”, 15-16.

¹⁶ “El hecho de que en el Nuevo Testamento no se emplee la terminología sacerdotal sino con gran discreción, y que la denominación de sacerdote no se aplique (con excepción de lo que vemos en la carta a los hebreos) ni a Cristo ni al ministerio eclesiástico, encuentra su explicación en que, durante la primera fase de la Iglesia, hubo que distanciarse del judaísmo y del culto judío.” (Gisbert GRESHAKE, *Ser sacerdote hoy*, Salamanca, Sígueme, 2006, 92). Incide en ello Ratzinger: “Puede muy bien decirse que con este giro lingüístico, con el que se cortó ampliamente el nexo con la precedente historia de la religión, se indica una vez más esa evolución espiritual del cristiano que anteriormente habíamos encontrado reflejada en la línea argumental de la Carta a los Hebreos”. (RATZINGER, “La cuestión del sentido”, 328).

Sabemos que todo sistema religioso tiene dos figuras principales: la figura del profeta y la figura del sacerdote.¹⁷ Son dos ministerios distintos, uno de carácter descendente (el profeta trae a los hombres la palabra de la divinidad) y otro de carácter ascendente (el sacerdote ofrece a la divinidad la ofrenda de los hombres). Estos dos aspectos quedan integrados en el ministerio católico. Pero ¿en qué medida se equilibran ambos o se privilegia uno u otro? La historia de la teología muestra perfectamente la oscilación pendular a lo largo de los siglos. Fruto de los estudios bíblicos en la última centuria, muy ligados a los teólogos protestantes, la dimensión cúltero-sacrificial del sacerdocio católico ha querido verse como una desviación de su cometido original.¹⁸ Debemos hacer notar que Karl Rahner participa un poco de esta visión cuando asegura que principal tarea del sacerdocio institucional católico es el del anuncio de la Palabra y que este es existencialmente más determinante que la celebración del culto.¹⁹ Ante esto, Ratzinger tiene una comprensión integradora de los dos aspectos fundamentales del ministerio católico (anuncio y sacrificio). Desde una mirada histórica, plantea que la proclamación de la Palabra fue encontrando su lugar, sobre todo, en la celebración litúrgica de la comunidad. Pero no es menos cierto que desde su argumentación teológica queda claro que la Palabra, siguiendo la estructura de la encarnación, se hace carne, sacramento.²⁰ El culto cristiano incluye tanto la proclamación autorizada del evangelio, y en este sentido aparece como el ámbito propio, cuanto la ofrenda existencial de cada hombre que se une al ofrecimiento sacrificial de Cristo,²¹ actualizado en la eucaristía.

¹⁷ Cf. Juan MARTÍN VELASCO, *Introducción a la fenomenología de la religión*, Madrid, Cristiandad, 1987, 172-189.

¹⁸ Ratzinger recoge sintéticamente estas tesis en diversos escritos que hemos citado anteriormente (cf. cita 2).

¹⁹ Cf. Karl RAHNER, "Existencia sacerdotal", en Karl RAHNER, *Escritos de teología*, vol. III, Madrid, Taurus, 1961, 290-291 (271-296).

²⁰ Cf. Joseph RATZINGER, "Ministerio y vida del sacerdote", en Joseph RATZINGER, *Convocados en el camino de la fe*, Madrid, Cristiandad, 2004, 164 (159-180).

²¹ De hecho, siendo ya papa, Ratzinger hablaba de esta realidad del culto expresada en una existencia cultural: "Por lo demás, podríamos decir que el fin de la misión de todo presbítero es «cultural»: para que todos

La liturgia cristiana no es una ejecución ritual en la que un *sacerdos* ofrece a Dios una víctima propiciatoria, sino que es proclamación autorizada de la muerte y resurrección del Señor, con tal poder que en ella se hace presente el acontecimiento mismo. Así, ella es la llamada propiamente dicha y central que congrega a la Iglesia. Precisamente gracias a ella, gracias a la autorizada y eficaz proclamación de la acción salvadora de Jesucristo, que lo hace presente, entra el Señor resucitado en medio de nosotros y nos reúne con él formando un “Cuerpo”: la Iglesia. La misión litúrgica del sacerdote y su concepción “misionera”, apenas trazada, no se contradicen, sino que se explican mutuamente.²²

Una última nota interesante sobre la comprensión del sacerdocio por Joseph Ratzinger tiene que ver con la comunión episcopal y la comunión de las iglesias en la única Iglesia. Si bien este aspecto tiene un interés notablemente eclesiológico, como no podía ser de otra manera, también lo es ministerial, porque la existencia misma de la Iglesia y la integración de las diversas comunidades locales solo puede darse desde la integración de los ministros en la comunión jerárquica, tanto a nivel de la iglesia local²³ (presbíteros en comunión con el obispo) como universal (obispos en comunión entre sí y con el romano pontífice).²⁴ Solo cuando se reconoce el ministerio como el que atestigua los dos elementos fundantes de la Iglesia (palabra y

los hombres puedan ofrecerse a Dios como hostia viva, santa, agradable a él (cf. Rom 12,1), que, en la creación misma, en los hombres, se transforma en culto, en alabanza al Creador, recibiendo la caridad que están llamados a dispensarse abundantemente unos a otros”. BENEDICTO XVI, “Audiencia general”, 1 de julio de 2009.

²² RATZINGER, “La cuestión del sentido”, 335-336.

²³ Esta comunión dentro de la Iglesia local, que permite su comunión “hacia” la Iglesia universal, se hace patente en la eucaristía: “Cada asamblea es Iglesia en totalidad, puesto que el cuerpo del Señor sólo existe en tonalidad, y la palabra de Dios existe solamente en totalidad. Pero también se sigue que cada asamblea concreta, sólo es Iglesia en cuanto se inserta en el todo, en la unidad con las restantes. En efecto, el cuerpo del Señor, que está totalmente en cada comunidad, es uno y el mismo en toda la Iglesia.” (RATZINGER, “Sacrificio, sacramento y sacerdocio”), 58.

²⁴ Cf. Joseph RATZINGER, “Primado, episcopado y «sucessio apostolica»”, en IDEM, *Predicadores de la palabra y servidores de vuestra alegría*. Obras Completas, vol. XII, Madrid, BAC, 2014, 190 (184-204).

sacramento), esta se reconoce como tal, lo que le permite al cardenal Ratzinger, futuro Benedicto XVI, afirmar que "Iglesia y ministerio son tan inseparables como Iglesia y palabra; en esa interpretación, solo hay Iglesia en pleno sentido donde no se ha roto la unidad con los legítimos testigos".²⁵

Una sencilla recapitulación de lo expuesto hasta el momento nos arroja algunos datos interesantes. Por una parte, la convicción de Ratzinger de que lo que conocemos como "sacerdocio" ha de ser entendido, en primer lugar, como vinculación con Cristo. El ministerio ordenado, en la Iglesia primitiva, entronca con su fundamento que es el ministerio del Señor Jesús. La tarea que los apóstoles ejercen en el seno de la comunidad de creyentes no proviene en verdad de la designación comunitaria. Se realiza en medio de ella y es en ella donde tiene su lugar, pero no se entiende sin más como parte de una vinculación. Es más, la llamada proviene del mismo Jesús, tal como queda manifiesto en el relato de elección de los Doce en Mc 3 o en las narraciones de Pablo sobre el origen de su ministerio. Es el Señor el que llama a los que él quiere para desempeñar una misión que se distingue de cualquier otra. Por tanto, elección y misión se sitúan en el eje de comprensión cristológica en el pensamiento de Ratzinger.²⁶ Por otra parte, el profesor alemán presta atención

²⁵ RATZINGER, "El ministerio espiritual", 37-38. "El sacramento del orden es expresión y al mismo tiempo garantía de hallarse, en comunidad con otros, dentro de la corriente de la tradición que se remonta hasta los orígenes. Encarna la unidad y el origen de la Iglesia. Esta catolicidad del ministerio episcopal que es, a su vez, el medio y la forma de su apostolicidad, se prolonga en el carácter comunitario del ministerio sacerdotal: ser sacerdote significa entrar en el presbiterio de un obispo." (Joseph RATZINGER, *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental*, Barcelona, Herder, 1985, 293). Cf. también al respecto, Pablo BLANCO SARTO, *La teología de Joseph Ratzinger. Una introducción*, Madrid, Palabra, 2011, 117ss.

²⁶ "Hemos visto que el sacerdocio neotestamentario inaugurado con los Apóstoles tiene una estructura totalmente cristológica, en el sentido de que significa inclusión del hombre en la misión de Cristo. Lo esencial y fundamental para el servicio sacerdotal es, de acuerdo con esto, una profunda vinculación personal con Cristo." (RATZINGER, "La esencia del sacerdocio", 18; igualmente, RATZINGER, "La cuestión del sentido", 327-330). Cf. también Antonio Diego HERNÁNDEZ, "Representación sacramental del sacerdote en la comprensión de Ratzinger y Greshake",

a cómo el ministerio que los apóstoles han recibido de Cristo pasa ahora a otros hombres que les suceden. La colaboración y sucesión en el ministerio de los apóstoles se realiza, en la terminología neotestamentaria, por los “episcopos” y los “presbíteros”, que reciben la función de pastorear según el modelo de Cristo, supremo pastor y obispo. Ratzinger encuentra en los textos del Nuevo Testamento el fundamento necesario para afirmar tajantemente que el ministerio que el Señor encarga a los apóstoles es continuado por los ministros a los que el Espíritu Santo pone al frente del pueblo. Su tarea es ante todo servicio a la palabra, servicio a la evangelización, que encontrará su ámbito propio en el marco litúrgico de la eucaristía, allí donde la Palabra se hace sacramento y acontece el memorial de la entrega del Señor. La unión de los ministros entre sí y la unión de los cristianos con los ministros es expresión de la unidad de la Iglesia, que permanece entonces en la confesión de una misma fe.

3. LA CATEGORÍA “MISIÓN” COMO NATURALEZA DEL SACERDOCIO

Al darnos a la tarea de descifrar el contenido de la categoría “misión” en el pensamiento de Ratzinger, nos gustaría comenzar con una sentencia que es paradójicamente clarificadora. Se pregunta el teólogo alemán sobre qué sería lo propio de Cristo, a cuya imagen, como hemos visto, se articula el sacerdocio. La respuesta es toda una declaración de intenciones: “lo más propio de uno —el yo— es lo total y absolutamente no-propio. Lo suyo es lo no-suyo”.²⁷ A partir de este presupuesto, podemos ahora considerar lo que entraña la categoría “misión” en referencia al sacerdocio ministerial.

Estudios Eclesiásticos 97/380 (2022) 82-86 (73-105) (<https://doi.org/10.14422/ee.v97.i380.y2022.003>). En esta línea también interpreta la cuestión Santiago MADRIGAL TERRAZAS, “La «eclesiología teológica» de Joseph Ratzinger”, en Santiago MADRIGAL TERRAZAS (ed.), *El pensamiento de Joseph Ratzinger, teólogo y papa*, Madrid, San Pablo, 2009, 236-237 (195-241).

²⁷ RATZINGER, “La esencia del sacerdocio”, 8.

3.1. Misión-envío

Joseph Ratzinger considera que la realidad del Hijo ha de ser comprendida desde esta perspectiva. Todo en él es referencia al Padre, de tal manera que ni su palabra es suya, ni su obra la tiene por propia, ni su testimonio es acerca de él mismo. Su persona, su misión, su predicación, sus signos... remiten siempre a Aquel que lo ha enviado. Los pasajes evangélicos son suficientemente ilustrativos.²⁸ El ser profundo de Jesús y su misma actitud existencial tienen un centro de gravedad que es el envío, la misión. Ambos conceptos hacen referencia a la misma categoría del verbo *mittere*. En torno a este eje queda articulado todo comportamiento de Jesús, toda palabra y todo afecto. El que proviene del Padre, no por voluntad propia sino la que aquel que lo envía, corresponde con oblación total al "enviante" y a los que ha sido enviado. Así, se nos pone de relieve que la vida del Hijo Encarnado se realiza en tensión entre estos dos polos: Dios y los hombres. La misión tiene unos destinatarios, pero tiene también un origen. Así lo comprende Jesús. Su relación de intimidad con el Padre, tal como queda reflejada en los evangelios, es constitutiva de su ser y de su actuar. Su cercanía a la humanidad sufriente, a la que ha amado y a la que sirve, completa la clave de comprensión de la obra redentora.

Jesús se concibe a sí mismo más bien como alguien que cumple una misión; ni se ha llamado a sí mismo (cf. Heb 5,4s) ni debe su designación a una elección democrática: él es consciente de estar sometido a una obligación divina (Mc 8,31, etc.), que, por así decir, es el lugar interior, el verdadero origen de toda su existencia. Él no viene por sí mismo, sino que es consciente de ser un enviado; esto es tan plenamente válido que no se trata de una misión aplicada posteriormente a un ser previamente dado: Su existencia consiste únicamente en misión, en ser desde otro y para otros.²⁹

²⁸ Nuestro autor no deja de estar influenciado por la teología de Guardini, que también presenta el misterio de Cristo en semejantes términos. Cf. Romano GUARDINI, *El Señor. Meditaciones sobre la persona y la vida de Jesucristo*, Madrid, Cristiandad, 2005.

²⁹ RATZINGER, "La cuestión del sentido", 330-331.

Solo porque proviene del Padre, Jesús es capaz de introducir a los hombres en la comunión divina. Su pro-existencia, manifestada a lo largo de su ministerio público y consumada en el Misterio Pascual,³⁰ tiene su condición de posibilidad en el envío desde el seno trinitario. Es en esta tesitura de la consideración de Jesús como el enviado (según la doble referencia a la que hemos aludido anteriormente) en la que hemos de comprender la persona de Cristo y a la vez a aquellos a los que él, en un claro paralelismo, ha enviado. Ante todo, en ellos ha de mantenerse esta correspondencia bidireccional que en Jesús advertimos: origen y destinatarios. Obviamente, la correspondencia fundante posee un peso mayor que la final, pero esta no es sin más accesoria, como tendremos ocasión de ver más adelante.

Volvemos ahora sobre la intuición original de Ratzinger que hemos colocado al principio: lo propio de Cristo es ser enviado, es remitir a otro; lo suyo es lo no-suyo. Y este punto es crucial al considerar la esencia del ministerio de los apóstoles, puesto que ellos también son enviados por Jesús. Por lo tanto, tendremos que coincidir en este punto que el cardenal alemán considera crucial: dado que ellos reciben también una misión, su identidad apostólica tiene razón de ser en el envío. Veámoslo un poco más detenidamente.

3.2. De la misión de Cristo a la misión apostólica

“Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo” (Jn 20,21). Con esta sentencia pascual se clarifica, al decir de Ratzinger, la naturaleza del apóstol. “Aquellos a quienes él envía como apóstoles expresan lo que él mismo es”.³¹ No es solamente porque el término signifique precisamente esto, sino ante todo porque el término está expresando una realidad querida por Jesús. El apóstol no sustituye al Maestro. El grupo de los Doce no es una alternativa más o menos válida ante la ausencia de Cristo tras la ascensión. Él sigue en medio de su

³⁰ Cf. Heinz SCHÜRMANN, *El destino de Jesús: su vida y su muerte*, Salamanca, Sígueme, 2003, 267ss.

³¹ RATZINGER, “El sacerdote como mediador”, 86.

Iglesia como el que sirve y como el Κύριος. Ni en los relatos prepascuales ni en los pospascuales encontramos atisbo alguno de que los designados para estar con él y para ser enviados hayan de sustituir al enviado del Padre. No es un punto menor, si consideramos la fuerza con la que pareció situarse en la espiritualidad sacerdotal la idea tácita de que el sacerdote "sustituía" a Cristo, siendo "otro Cristo" o "el mismo Cristo". Tales expresiones, ciertamente desafortunadas si las consideramos, resultan ajenas por completo a la misión apostólica. Ninguno de los Doce tiene la pretensión de estar en el lugar del Señor o de ocupar en la Iglesia un puesto que sólo a su cabeza le corresponde. Ellos están al servicio del Resucitado, pues tal ha sido la misión que este les ha confiado. Por eso, el que recibe o escucha a un apóstol, al mismo Señor recibe y escucha; en lógica paralela, el que al apóstol rechaza, a Cristo mismo rechaza (Mt 10,40).

La misión del apóstol es servicio a la misión de Cristo y, por lo tanto, su doble punto de anclaje está ahora situado entre el Señor Jesús, que lo llama y envía, y los destinatarios de su misión. Esto no puede ser de otra manera, dado que nuestro propósito es demostrar que Ratzinger sitúa la naturaleza del apostolado en el envío, la misión. Y según tuvimos ocasión de ver más arriba, puesto que el ministerio apostólico pende de la dimensión cristológica, Cristo y apóstol quedan vinculados de tal manera que el segundo solo puede comprenderse desde el primero.

Emerge en el pensamiento del profesor alemán el concepto de "representación", que es precisamente el hacer presente a alguien, mas no sustituirlo. Cristo ha hecho presente a Dios en el mundo. Ahora el apóstol está llamado a hacerlo presente a él. Si podemos afirmar que Cristo ha servido de mediador para la acción de Dios en la historia salvífica, no podemos obviar que también la tarea de los apóstoles es servicio de mediación a la acción de Cristo. Representarlo no es, según nuestro autor, sino ser mediador de él. Pero esta mediación encierra un contenido similar a lo que hemos dicho hace un momento sobre el enviado:

La mediación se apoya aquí en el desprendimiento del enviado, que queda enteramente en un segundo plano respecto del mensaje y respecto del que le envía, que no se da a sí mismo, sino que trae al otro. La mediación implica aquí el vaciamiento de sí mismo que

hace un hombre, y su permeabilidad para el otro. No se apoya en acciones propias, sino en la situación del otro y en la disponibilidad para él, en el retirarse a un segundo plano ante él.³²

El apóstol, por lo tanto, ejerce un servicio al Señor que implica el reconocer la posición absoluta de Cristo. De él recibe el enviado su cometido, y este solo es posible si se permanece en unión con él. Así lo explica Ratzinger al adentrarse en el sentido teológico del pasaje de Mc 3,13-14: “llamó a los que quiso y se fueron con él; e instituyó doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar”.³³ Llamada, cercanía y misión aparecen como tres momentos de una única realidad, puesto que el ministerio apostólico arranca con una designación divina y se realiza luego en la doble relación a la que hemos aludido ya: estar con él y ser enviado. No existe la una sin la otra. Explica así esta paradoja: “si la misión sacerdotal significa dar testimonio de Cristo a los hombres, entonces la condición para esto es primero conocerlo, vivir de estar-con-él, de encontrar el lugar de la existencia en el estar-junto-a-él”.³⁴ En el centro de esta tensión irresoluble está el envío, puesto que los que reciben la misión son los llamados que se mantienen en el ámbito de la relación con Jesús, en su cercanía. Ser apóstol, enviado, es entonces lo que caracteriza el ministerio de estos hombres que ya no viven para sí mismos, sino que han ofrecido su capacidad, poca o mucha, a aquel que ha querido valerse de ellos para llegar a tantos otros.

³² RATZINGER, “El sacerdote como mediador”, 86. Suponemos que la génesis de este pensamiento central de Ratzinger con respecto al apóstol es deudora, en cierta manera, de aquellas otras páginas de su maestro Guardini: “qué difícil debe de ser una existencia en la que uno no signifique nada y Cristo lo sea todo; una existencia marcada por la imperiosa necesidad de llevar un contenido grandioso en un recipiente siempre desproporcionado; tener que ser sólo mensajero, a costa de un eclipse de la desaparición del propio yo; renunciar radicalmente, si se puede hablar así, a la simple unidad del propio ser, en la que cuerpo, corazón y espíritu sean uno con lo que se hace y se representa.” (GUARDINI, *El Señor*, 105).

³³ RATZINGER, “La cuestión del sentido”, 331.

³⁴ RATZINGER, “La cuestión del sentido”, 334.

3.3. El sacerdocio como misión

El ministerio apostólico pasa al ministerio sacerdotal, como ya hemos visto anteriormente. Las conclusiones de Ratzinger sobre esto son suficientemente claras: los apóstoles que reciben la misión del Señor confían también la tarea a los que el Espíritu ha puesto en medio de la comunidad como "obispos", como vigilantes, para que puedan pastorearla como han hecho ellos, los apóstoles, co-presbíteros, según el modelo del Supremo Pastor (cf. Hch 20, 28; 1 Pe 5,1-4 y 1 Pe 2,25).³⁵ La misión recibida del Señor consiste en hacerlo presente a él, en ejercer el ministerio de la reconciliación, en ofrecer la vida en el servicio a una palabra que no es de este o aquel ministro, sino que es palabra vivificante de Cristo. Así pues, la esencia del sacerdocio, su naturaleza, es el "envío". Desde esta perspectiva hay que entender la relación de origen y la relación de destinatarios. Incluso antes de considerar cualquier función concreta que se contenga en el encargo, es necesario atender a esta categoría.

En virtud de lo anterior, podemos aventurar que, para Ratzinger, el ser sacerdotal no estriba en una u otra tarea (celebración de los sacramentos, proclamación de la palabra, gobierno pastoral), sino que todas esas tareas adquieren su lugar a partir de la misión confiada.³⁶ Pablo, nos recuerda nuestro autor, concibe su ministerio como servicio a la reconciliación. Pero, ante todo, es misión, porque el apóstol habla como "embajador", "como si Dios mismo hablara por medio de nosotros" (2 Cor 5,20). Ahora el sacerdocio queda constituido en sucesión del ministerio apostólico, en un grado diferenciado,

³⁵ Y, sin embargo, no deja Ratzinger de hacer notar que "los presbítero-obispos son sucesores, pero no son ellos mismos apóstoles. [...] La potestad, fundada cristológicamente, de la reconciliación, del pastoreo y de la doctrina, se transmite inalterada a los sucesores, pero ellos son sucesores, en el recto sentido, sólo y porque «perseveran en la doctrina de los apóstoles» (Hch 2,42)." (RATZINGER, "La esencia del sacerdocio", 15).

³⁶ Al respecto, Juan Pablo II considera en *Pastores dabo vobis* que el contenido de la misión sacerdotal es hacer presente a Cristo, asumiendo su comportamiento y sus actitudes, viviendo un amor esponsal hacia la Iglesia. JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis* 21-22.

sin duda, pero asumiendo que su raíz está en el envío.³⁷ De esta manera, el sacerdocio cristiano se diferencia de la forma veterotestamentaria de sacerdocio, porque su origen no está en una casta determinada (la levítica) ni tampoco en el servicio cultual, sino que se encuentra en el ser llamado por Jesús y enviado a los hombres.

El ministerio, tal como se muestra en el texto vocacional de san Marcos [se refiere a Marcos 3, 13-19], se define por el hecho de ser llamado por Jesús y por ser enviado a los hombres. La idea de misión es, como se ha dicho, lo que da contenido y lo cristianamente determinante. El sacerdote cristiano [...] no es propia y primordialmente ministro del culto, que realiza un determinado ritual, sino enviado que continúa la misión de Cristo a los hombres.³⁸

Tal es así que en el artículo más sistemático que dedica la teología del presbiterado (“La cuestión del sentido”), realiza Ratzinger un sencillo estudio de la doctrina conciliar del pasado siglo. Se detiene en los números 4, 5 y 6 de *Presbyterorum Ordinis*, en los que se reflexiona sobre las tres funciones del presbítero (sacerdotal, magisterial y pastoral) desde la óptica cristológica y eclesiológica que los padres conciliares quisieron imprimir al texto.³⁹ En la íntima relación las tres funciones aparecen constantemente la centralidad del envío en el ministerio sacerdotal. Se es enviado para anunciar una palabra que no es propia,⁴⁰ se es enviado para evangelizar. Pero tal evangelización se hace patente cuando el oyente de la palabra se adentra en Cristo mismo, participando de su

³⁷ “Es misión como continuación de la misión de Jesucristo (Joseph RATZINGER, “El ministerio sacerdotal”, en IDEM, *Predicadores de la palabra y servidores de vuestra alegría*. Obras Completas, vol. XII, Madrid, BAC, 2014, 278-383, aquí 382).

³⁸ RATZINGER, “La cuestión del sentido”, 335.

³⁹ RATZINGER, “La cuestión del sentido”, 341-353.

⁴⁰ “Nos topamos con el desprendimiento de sí mismo que debe ser propio del «vicario», del enviado. Se trata siempre, una y otra vez, de apartar el yo de nuestra palabra, que, desde luego, no es solamente un esfuerzo para la predicación, sino que —si se toma seriamente— exige la disciplina de todo el hombre y, purificándolo hasta el verdadero desprendimiento, lo libera.” (RATZINGER, “La cuestión del sentido”, 345).

entrega en la cruz, que cada eucaristía actualiza;⁴¹ y es por esta participación en el misterio pascual que el cristiano se hace miembro de la comunidad de seguidores de Jesús, a la que el sacerdote sirve de manera especial con su atención a los pobres y necesitados.⁴² Por eso, el ministerio presbiteral, el ministerio sacerdotal al fin, no consiste sin más en esta o aquella función, sino ante todo en haber recibido la misión de parte del Señor para que todo hombre y mujer pueda recibir la vida nueva del que es a la vez palabra y sacramento. A esto son enviados los sacerdotes.

Añadimos algo más acerca del pensamiento de Ratzinger sobre el sacerdocio y sobre la consideración de la centralidad del envío. Pudiera parecer que el sacerdote, a fin de cuentas, vive una cierta "despersonalización" al asumir en esta categoría el ministerio sacerdotal. Si ya no es él, si ya no son sus talentos y capacidades, ¿dónde queda la valía personal? ¿Acaso no será esto una forma de vida gris y sombría? La inclinación natural de cada uno es precisamente la contraria: realizarse a partir de sus méritos. Pero para Ratzinger, que al comienzo de ser elegido papa se consideró a sí mismo como "un humilde trabajador en la viña del Señor", la situación en que queda el sacerdote termina volviéndose terriblemente liberadora. Precisamente porque el ministro puede advertir que su trabajo no tiene que dar resultados en el momento en que él espera, o que sus fatigas no son inútiles cuando aun así lo parecen.

⁴¹ "La celebración eucarística es el centro del ministerio sacerdotal por ser el centro de la evangelización, como realización efectiva del Evangelio. La transformación pascual de las cosas y del hombre por la Palabra crucificada y resucitada tiene aquí su centro." (RATZINGER, "La cuestión del sentido", 348).

⁴² "A la idea del oficio pastoral se subordina, en la tradición eclesial, el concepto de la *potestas*, del «poder», de la «autoridad oficial». De la nueva relación se deduce, de suyo, que este concepto se abre a la *fraternitas-charitas-humanitas* y, de esa forma, aparece de nuevo en su verdadero contexto cristiano. [...] El sacerdote se podría definir, en función de esto, como el hombre que está ahí para aquellos para quienes, de lo contrario, nadie está. [...] La idea misionera, en sentido estricto, se desprende, en consecuencia, también de nuestro texto." (RATZINGER, "La cuestión del sentido", 352).

De Cristo tiene que aprender que su vida no se trata de autorrealización ni de éxito. Tiene que aprender que él no construye para sí una vida interesante o grata, que no crea para sí una comunidad de devotos o seguidores, sino que trabaja para los otros, que es lo que propiamente importa. Al principio esto choca con la natural inclinación de nuestra existencia, pero, a la larga, se pone de manifiesto que este dejar de ser importante del yo es lo que propiamente libera.⁴³

Llegados a este punto, no está de más que nos preguntemos si el Magisterio reciente se ha pronunciado en esta misma línea apuntada por Ratzinger sobre la esencialidad del envío al considerar la naturaleza del sacerdocio. En el comentario a la teología conciliar, advierte que el capítulo II del decreto sobre los presbíteros se dedica a “la verdadera esencia del presbiterado”.⁴⁴ Tras analizar los números correspondientes a las funciones sacerdotales, se detiene al final a comentar la relación entre presbíteros y laicos, pero en el fondo analizando el ser del presbítero como “relación”. Esta intuición permite entender la categoría “misión” desde el plano de la “relacionalidad”. En líneas anteriores nos hemos referido a la comprensión del “envío” baja el prisma de la doble direccionalidad: desde y para. Aquí Ratzinger lo vuelve a poner de manifiesto: las relaciones propias del presbítero (y por la cita de san Agustín que trae a colación, del obispo) muestran que el sacerdocio tiene un origen y unos destinatarios. Estas relaciones son constitutivas, esenciales, por lo que entendemos que entonces “misión” y “relación” guardan un amplio campo de coincidencia semántica.

Presbyterorum Ordinis 7-9 expresa las relaciones propias de los presbíteros con otras personas (con el obispo, entre presbíteros, con los laicos, y ya en el número 6 ha hablado de religiosos y religiosas), pero precisamente porque con anterioridad lo ha situado en el ámbito primigenio de la relación con Dios: “Así, pues, enviados los apóstoles, como Él había sido enviado por el Padre, Cristo hizo partícipes de su consagración y de su misión, por medio de los mismos apóstoles, a los sucesores de estos, los obispos, cuya función ministerial fue confiada a los

⁴³ RATZINGER, “La esencia del sacerdocio”, 18.

⁴⁴ RATZINGER, “La cuestión del sentido”, 340.

presbíteros” (PO 2). La misión sacerdotal, el mismo sacerdocio, solo es comprensible desde este árbol de relaciones que son constitutivas del ser sacerdotal. El papa Francisco se pronunciaba en la misma línea en un congreso sobre teología del sacerdocio. Para él, el sacerdote responde a su ser cuando cultiva las relaciones que lo constituyen en su ser más profundo. Estas “cercanías”, como las llama el Papa, son constitutivas del sacerdocio, y ponen de manifiesto la dependencia con respecto al “llamante”, pero también la realización con respecto a los enviados.⁴⁵ En este sentido, ¿qué otra cosa puede significar el binomio “discípulo-misionero” que Aparecida consagró y que el papa Francisco tomó como seña de identidad del cristiano?⁴⁶ Rotunda es la aseveración de *Pastores dabó vobis*: “no se puede definir la naturaleza y la misión del sacerdocio ministerial si no es bajo este multiforme y rico conjunto de relaciones que brotan de la Santísima Trinidad y se prolongan en la comunión de la Iglesia”.⁴⁷ Nos parece, pues, que el ser sacerdotal queda definitivo también por las relaciones constitutivas, y no solo desde las *tria munera*.⁴⁸ Decir “misión” como núcleo de la naturaleza sacerdotal es también decir “relaciones”. Así lo expresa el profesor Ratzinger, que se vale de la teología trinitaria de Agustín para explicar su célebre sentencia “para vosotros soy obispo, con vosotros soy cristiano”. Ser cristiano expresaría una relación fundante con Dios, que queda luego completada en cada sacerdote con el “para vosotros”, es decir, la relación con los destinatarios. De esta manera ha de comprenderse el concepto “misión”, según hemos visto. Concluye nuestro autor: “Ministerio y relación son idénticos, el ser del ministerio y el de la relación coinciden. El ministerio es la relación del «para

⁴⁵ FRANCISCO, “Discurso del Santo Padre Francisco al Simposio «Por una teología fundamental del sacerdocio»”, 17 de febrero de 2022. <https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2022/february/documents/20220217-simposio-teologia-sacerdozio.html> (consulta: 4 jul. 2023).

⁴⁶ FRANCISCO, *Evangelii Gaudium* 119-121.

⁴⁷ JUAN PABLO II, *Pastores dabó vobis* 12.

⁴⁸ Así lo entiende también Gabriel RICHI ALBERTI, “El fundamento. La identidad del presbítero, base y meta de la formación sacerdotal. Respuesta al Prof. Dario Vitali”, *Seminarios* 68/232 (2023) 111 (103-114) (<https://doi.org/10.52039/seminarios.v68i232.2196>).

vosotros». Obispo (y presbítero respectivamente) se es siempre «para vosotros» o no se es”.⁴⁹

4. DEL SACERDOCIO COMO MISIÓN A LA EXISTENCIA SACERDOTAL

Pasamos a la última parte de nuestro estudio retomando algunas ideas que hemos ido desgranando anteriormente. A nuestro parecer, la afirmación de Ratzinger de que el sacerdocio es, ante todo, misión, envío, y que a partir de esta categoría es que debe entenderse su naturaleza, tiene unas implicaciones existenciales relevantes para el momento presente. Nos gustaría detenernos en dos implicaciones que pueden dar pie tanto para la reflexión teológica como, ante todo, para la vida de los sacerdotes.

4.1. La búsqueda de la verdad como presupuesto siempre necesario

Por lo que hemos dicho hasta el momento, podemos intuir que la doble dirección a la que nos aboca la comprensión del sacerdocio como “misión” se asienta, es posible que “asimétricamente”, en Dios y en los hombres, en Cristo y en su Iglesia. Atendamos ahora al primero de estos polos. A nadie se le oculta que el actual momento eclesial parece debatirse sobre qué tipo de sacerdote se debe ser. Los partidarios de una forma y otra de entender el sacerdocio tienen posiciones muchas veces enfrentadas, con un alto grado de descalificación. Si por un lado afloran los que mantienen una visión de corte más clásico con respecto al mismo, por otro se oponen los que consideran que aquella imagen sacerdotal debe ser superada y casi que suprimida. Los sentimientos del primer grupo frente al segundo no son más angelicales. No es nuestro interés mostrar ahora la tipología sacerdotal diversa que se ha desarrollado en los últimos años,⁵⁰ pero sí nos parece interesante

⁴⁹ RATZINGER, “La cuestión del sentido”, 354.

⁵⁰ Puede verse al respecto un reciente análisis de Lorenzo TRUJILLO, “Los «nuevos» curas. Una reflexión personal”, *Seminarios* 66/229 (2021) 237-249 (<https://doi.org/10.52039/seminarios.v66i229.891>). No es la primera

rescatar una idea de Ratzinger que puede arrojar luz sobre este particular. Para él, la forma concreta de la configuración sacerdotal pasa siempre por una intimidad profunda con Cristo. Solo desde aquí puede establecerse una identidad sacerdotal no solamente acertada, sino también oportuna. "Lo esencial y fundamental para el servicio sacerdotal es, de acuerdo con esto, una profunda vinculación personal con Cristo. En esto radica todo, y a ello tiene que conducir el núcleo de toda preparación para el sacerdocio y de toda formación permanente en el sacerdocio".⁵¹ Esto significa, en orden a nuestra reflexión, que la identidad sacerdotal, considerada en su esencialidad como "misión", tiene en Cristo el origen y su actualización permanente. Solo en la medida en que nos adentramos en este conocimiento de Cristo, el ministerio es capaz de responder a su ser más profundo.⁵²

Tuvimos ocasión de referirnos a lo que implica la representación sacramental. ¿Qué habríamos de representar sino a Cristo mismo? Esta perspectiva, sin abandonar la comprensión del sacerdocio como "misión", nos hace preguntarnos una y otra vez sobre si nuestra teología del ministerio sigue expresando con autenticidad el ministerio que el Señor ha ejercido y del que ha encargado a los apóstoles. Obviamente, todo lo que se aparta de esta piedra de Rosetta en el fondo, como advierte Ratzinger, se convierte no solamente en un ministerio no-cristiano, sino decididamente anti-cristiano.⁵³ Una comprensión

vez que presenta un estudio reflexivo sobre la tipología sacerdotal, principalmente en España. Anteriormente podemos encontrar "La evolución del prototipo sacerdotal desde 1986 hasta la actualidad", *Seminarios* 58/205-206 (2012) 87-103 (<https://doi.org/10.52039/seminarios.v58i205-206.291>) y "¿Los nuevos seminaristas?", *Seminarios* 49/167 (2003) 11-28 (<https://doi.org/10.52039/seminarios.v49i167.845>).

⁵¹ RATZINGER, "La esencia del sacerdocio", 18.

⁵² Ya como papa, Ratzinger se ha referido a las categorías "consagración" y "misión" como constitutivas de la identidad sacerdotal. Esencialmente expresan el binomio "estar con él/ser enviado". "Cuando no se tiene en cuenta el «díptico» consagración-misión, resulta verdaderamente difícil comprender la identidad del presbítero y de su ministerio en la Iglesia" (BENEDICTO XVI, "Audiencia general, 1 de julio de 2009"; cf. Homilía de la misa crismal, 9 de abril de 2009).

⁵³ RATZINGER, "La cuestión del sentido", 338.

del sacerdocio que escora la estructura de la encarnación, que olvida el caminar concreto de Jesús en el mundo, su estilo de servicio y de entrega, su humildad y su vida de pobreza, en el fondo ha optado por un sacerdocio teórico desvinculado de la marca histórica que el Hijo se ha impuesto al entrar en el mundo. Tal vez con una pregunta se vea mejor: ¿es posible ser sacerdote desconociendo la forma en que Cristo ha querido vivir su vida sacerdotal, esto es, su ministerio en favor de los hombres que se culmina en la cruz?

Por esta razón, la intimidad con el Señor que es el primer polo de atracción de la comprensión del sacerdocio (y el más importante, al fin), es en el fondo un servicio a la verdad. Y por esto mismo, la búsqueda de la verdad de la identidad sacerdotal debe hacerse en una profundización constante en el misterio del Verbo Encarnado. Si el sacerdocio cristiano no es, como nos dice Ratzinger, una simple tarea de ejecución del culto,⁵⁴ sino más bien el hacer presente al Señor, entonces ha de hacerse “a su modo”. Al modo de aquel que no ha venido a ser servido, que no tiene donde recostar la cabeza y que está en medio de la comunidad como el que sirve, pues ha venido para que tengamos vida. Es aquí donde se reordenan entonces las tareas ministeriales. El servicio a la evangelización, donde culto, palabra y oficio pastoral se articulan en la unidad del ministerio, se realiza en perspectiva de dependencia de la figura del Señor. Cualquier otro acercamiento a la identidad sacerdotal (especialmente el que se hace en torno a otras formas sacerdotales que han sido expresión de distintas épocas de la historia de la Iglesia) será frecuentemente origen de desviación teológica.

Los medios de comunicación, las redes sociales, nos permiten acercarnos hoy como nunca a “imágenes” sacerdotales que, como cualquier otra realidad sacerdotal, han de confrontarse con la persona de Cristo. Aunque sea un asunto a veces meramente anecdótico, habrá que pensar si lo que se vislumbra en las distintas apariencias clericales tiene que ver con el sacerdocio de Cristo. ¿Cuánto en estas figuras sacerdotales se debe a un cierto narcisismo y cuánto a la intimidad con Jesús? ¿Cuánto del ejercicio sacerdotal tiene su raíz en el evangelio y

⁵⁴ RATZINGER, “El sacerdote como mediador”, 95.

cuánto en el aplauso del mundo? Solo la relación con el que es fuente de la misión permite cribar lo auténticamente sacerdotal de la banalmente humano. En la sociedad de la imagen no conviene perder esta perspectiva, so pena de falsear el sacerdocio convirtiéndolo en lo que a cada quien le parece.⁵⁵ Saberse enviado, reconocer que el sacerdocio en cuanto misión tiene su origen en otro, implica el tener presente que el hombre no puede. Por eso, al ministerio se accede por una acción sacramental de la Iglesia y no por una designación popular. El “poder” de los apóstoles radica en la elección por parte de Jesús y en la comunicación del Espíritu. Y este gesto que se expresa litúrgicamente en la imposición de manos es un recordatorio de que solo es posible el ejercicio de la tarea sacerdotal cuando desde Dios se recibe tal don.

Nos parece, entonces, que hay una implicación clara que ayuda a la teología y a la existencia sacerdotal el pensar la categoría “misión” como una forma de profundizar en la verdad del sacerdocio. Tal profundización solo podrá hacerse en una relación con el que es origen del sacerdocio: el Dios Trinidad. Esta búsqueda de la verdad del sacerdocio nunca termina. Cada momento histórico debe continuar ahondando en la persona de Jesucristo, modelo absoluto de todo sacerdote.

4.2. El *pro vobis* del sacerdocio

Dice la carta a los Hebreos: “de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas, en esta etapa final

⁵⁵ “Muchos cristianos —entre los que me incluyo— se sienten hoy invadidos por un sentimiento de oculta desazón, ante ceremonias litúrgicas en una iglesia extraña, cuando piensan en qué clase de teorías medio entendidas, qué sorprendentes e insípidas opiniones personales de algún sacerdote tiene uno que soportar durante la predicción, por no hablar ya de las invenciones litúrgicas privadas. Nadie va a la iglesia para oír estas opiniones personales. No me interesa en absoluto qué clase de elucubraciones ha hecho este o aquel hombre sobre las cuestiones de la fe cristiana. Esto puede ser adecuado para una velada, pero no para aquel compromiso que, domingo tras domingo, dirige mis pasos hacia la Iglesia. Quien de este modo se predica a sí mismo, se sobreestima y se da una importancia que, sencillamente, no tiene.” (RATZINGER, “El sacerdote como mediador”, 98-99).

nos ha hablado por el Hijo" (Heb 1,1-2), "... que también nos habla de muchas maneras", deberíamos nosotros agregar. Si el segundo polo de la categoría "misión" atiende a los destinatarios a los que se es enviado, en alguna medida habrá de configurar en algo la realidad sacerdotal. La identidad se encuentra en Cristo, en su persona y en su misión, en el encargo confiado a los apóstoles, en la fuente permanente de la Sagrada Escritura y en la comunidad eclesial que transmite fielmente lo que ha recibido de Dios. Ahora bien, aclarado lo anterior, deberíamos preguntarnos en qué manera los hombres y mujeres a los que el sacerdote es enviado terminan por perfilar el ser sacerdotal. Si en efecto el sacerdocio, como nos recuerda Ratzinger, no puede suprimir este *pro vobis*,⁵⁶ si en la misión se contiene un encargo con respecto a aquellos a los que se es enviado, de alguna manera tiene que verse afectada la comprensión del ministerio y el ejercicio del mismo.

En este sentido, es fácilmente comprobable que la configuración eclesial del sacerdocio ha variado a lo largo de los siglos. El momento histórico ha ejercido un notable influjo en las formas del ministerio oficial católico. Es normal que así sea, pues se puede entrever fácilmente cómo el destinatario de la misión ha reclamado este o aquel acento del enviado. Lo que se vuelve a-normal, anacrónico, es tratar de ejercer el sacerdocio para una sociedad, para un hombre y una mujer que ya no existen, es decir, dando la espalda al destinatario. Más allá de los romanticismos por la vuelta a los primeros siglos o a la comprensión tridentina del sacerdocio, cualquier forma que no sea capaz de responder adecuadamente al servicio evangelizador del momento actual se mostrará estéril.

Es cierto, como podemos ya intuir, que hay un fundamento permanente que se mantiene en medio de la contingencia histórica. Pero no es menos cierto que la fidelidad a la misión, por su misma orientación bidireccional a la que hemos aludido anteriormente, exige una justa adecuación. Su razón de ser ha quedado descubierta en la categoría que es objeto de nuestro estudio, pero nos parece intuir que Ratzinger recoge tácitamente la forma del ejercicio ministerial que el Nuevo

⁵⁶ Cf. RATZINGER, "La cuestión del sentido", 353-354.

Testamento expresa: hacerse todo a todos (1 Cor 9,19-23). Esta actitud existencial va más allá de la simple apariencia o de la utilización de recursos más o menos en consonancia con el momento histórico. Se trata, ante todo, de una comprensión del ministerio que demanda "encarnación", en su sentido más teológico. La cita de Hebreos no hace sino expresar el deseo que Dios ha tenido de llegar hasta el hombre, haciéndose más comprensible, y para lo que no ha escatimado esfuerzos en su Hijo Encarnado, que ama al hombre hasta el extremo y que busca a la oveja que aún no está en el redil. Si en el apartado anterior analizábamos la intimidad con Cristo y la necesidad de representarlo según su propia forma, ahora nos giramos hacia el otro punto de nuestra reflexión como forma de fidelidad hacia esta intimidad con Cristo: también el sacerdote ha de reflejar con su ministerio que se hace todo a todos.

Existencialmente, esta atención al segundo extremo de la misión, el destinatario, exige del sacerdote la misma actitud de pro-existencia de Cristo. Si el ministerio no es para sí mismo, sino para los otros, no tienen cabida en él personalismos trasnochados, notas discordantes que apenas son reflejo de particularidades del ministro, formas de clericalismo⁵⁷ que desdichan por completo del verdadero espíritu sacerdotal. Siendo papa, Ratzinger recibió, en un encuentro con presbíteros de todo el mundo, la pregunta de un sacerdote que se interesaba sobre la correcta forma de vivir la eucaristía. Su respuesta es iluminadora:

Su pregunta es: cómo vivir la centralidad de la Eucaristía sin perderse en una vida puramente cultural, extraños a la vida cotidiana de

⁵⁷ No es nuestro objeto traer aquí las muchas veces que el papa Francisco ha denunciado el clericalismo. Bástenos recoger unas palabras de 2021: "El cristianismo debe ser siempre humano, humanizador, conciliando las diferencias y las distancias y transformándolas en familiaridad, en proximidad. Uno de los males de la Iglesia, o más bien una perversión, es este clericalismo que separa al sacerdote, al obispo del pueblo. El obispo y el sacerdote desvinculado del pueblo es un funcionario, no un pastor". FRANCISCO, "Discurso del Santo Padre Francisco a los fieles de Diócesis de Roma", 18 de septiembre de 2021. <https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2021/september/documents/20210918-fedeli-diocesiroma.html> (consulta: 2 ago. 2023).

las demás personas. El clericalismo es una tentación de los sacerdotes de todos los siglos, también hoy; por eso, es muy importante encontrar el modo verdadero de vivir la Eucaristía, que no es estar cerrados al mundo, sino precisamente estar abiertos a las necesidades del mundo.

Una última nota, que creemos que existencialmente está implícita en la atención a los destinatarios de la misión sacerdotal, tiene que ver con el sentido eclesial. En tiempos sinodales, conviene advertir que la Iglesia, madre y maestra, camina como Pueblo de Dios y espera de sus pastores la atención y escucha necesarias. Cerrarse a esta dimensión eclesial del ministerio supone tanto como falsear el mismo, a fuer de prescindir de algo que le es propio, no solamente en el sentido eclesial (en cuanto miembro de una comunidad que es también *locus fidei*), sino en el sentido más sacerdotal, que implica también la formación del cuerpo místico. En el momento actual de independentismos, pérdida del sentido de la presbiterialidad en las diócesis y elevación de la autonomía a categoría absoluta, el sacerdote que descubre en la misión su esencialidad no puede perder de vista que solo en la medida en que se deja afectar por el *sentire cum Ecclesia* será capaz de servir a esta misma Iglesia.

5. CONCLUSIÓN

Lo expuesto hasta el momento nos permite aproximarnos a la categoría “misión” como categoría clave del pensamiento de Ratzinger sobre el sacerdocio. Con un marcado acento cristológico, su teología acerca del ministerio se funda en el paralelismo entre la misión del Hijo y la misión de los apóstoles, que reciben posteriormente los obispos y presbíteros. Esta misión consiste en la labor pastoral que deriva del mismo Señor. De esta manera, se le hace presente sin pretender sustituirlo. El encargo hecho a los apóstoles se despliega ahora en el ministerio de los sacerdotes por medio del anuncio de la Palabra y de la celebración de los sacramentos, pues en ambas tareas se realiza la evangelización. Así, la misión sacerdotal se pone en relación directa con la misión del Hijo: todo remite a aquel que envía, la palabra y la acción sacerdotal son posibles por la consagración con que el Señor capacita a cada ordenado,

y esta dependencia del origen se descubre como presupuesto necesario para el cumplimiento del ministerio con respecto a los destinatarios.

La doble dirección contenida en la categoría "misión" (origen y destinatarios) reclama del sacerdote, según Ratzinger, una existencia que en cierta manera ha sido iniciada ontológicamente con la ordenación, pero que ha de desplegarse en el ejercicio ministerial. A esta forma concreta de existencia sacerdotal solo es posible acceder, nos parece, desde la profundización permanente en el misterio del Hijo encarnado, en su forma de vida contenida en los evangelios. No es posible desvincular el sacerdocio católico de la existencia concreta de Jesús. En orden a los destinatarios de la misión sacerdotal, nos parece que también el ministerio se debe adecuar al momento histórico, concreción del ideal ministerial del "hacerse todo a todos" y expresión concreta de la pro-existencia de Jesús.